



LA FUERZA DEL AGUA por Sergio Gaut vel Hartman

—¿Por qué?

Pus apunta con el dedo el muro de adobe y paja del rancho, exactamente donde la cresta verde del floripondio asoma con recato monacal. Sal, en cambio, señala a Pus. Un trazo rojo, un tajo de vidrio o de metal mellado, nace al borde del ojo y muere a un costado de la boca. Las gotas de sangre de Sal caen al piso de tierra con regularidad cronométrica. Pus mueve la cabeza de un lado a otro. Sal la mueve de arriba abajo. Man tampoco tiene ganas de hablar, pero como Pus y Sal siguen obstinados en sus posiciones, no tiene más remedio que volver a hacerlo. Un puñado de palabras por día es un trabajo agotador. Dos puñados consumen la energía de una semana entera; todos ellos son criaturas débiles, gastadas, finales.

—¿Por qué la lastimaste?

—Culpa de ella —dice Pus—. No quiso.

—Él me forzó —dice Sal—. Él me tajó.

Es asunto cerrado. Man pasa el pie desnudo por detrás del talón de Pus y lo empuja. La cabeza de Pus golpea en el tocón. Sal se arroja sobre la garganta de Pus antes de que él toque el suelo. La sangre del rostro de la hembra se mezcla con los jugos que brotan del cráneo partido y de inmediato todos los del rancho chupan hasta que no queda nada que chupar y la cabeza de Pus se convierte en una piltrafa de restos sanguinolentos. Pinchan el cuerpo antes de que se seque y todos beben hasta hartarse.

Tiempo. El tiempo no se mide en el rancho, pero pasa, transcurre, fluye y no anida en ninguna parte. El nuevo crece en la panza de Sal y Man sabe que él no se lo hizo, porque es tabú, pero tal vez sí lo hizo, porque muchas



veces, cuando masca el floripondio con las encías desnudas hasta que delante de los ojos se forman manchas de barniz aceitoso, hace cosas que no quiere ni debe. Man se deja caer por la grieta de la pared y siente que esa boca lo engulle y lo traga. No quiere vivir más, pero Sal lo necesita. Fin ocupa el lugar de Pus y toca el vientre de Sal cada vez que ella duerme o él mira hacia otro lado. Man piensa que si tuviera fuerzas para hablar le diría a todos que dejen en paz a Sal. No sabe por qué, pero no quiere que la toquen. Sal no es su propiedad. Vagamente recuerda que los unen las dos sangres, la del nacimiento y la de haber bebido de los cuerpos de los muertos. Pero no es su propiedad, se repite, y aún así no quiere que la toquen.

—Quiero salir —dice Sal. El vientre está a punto de estallar. Man asiente, pero no logra levantarse. Sabe que Sal tiene que parir afuera, entre las breñas del baldío, que si pare en el rancho se van a chupar la sangre de la cría sin darle tiempo a protegerla. Pero también se pregunta para qué. Si no muere al nacer morirá mañana. Hace mucho que un nacido no sobrevive más de un día o dos.

—Afuera —insiste Sal. Man se esfuerza y trepa por sí mismo hasta ponerse de pie. El rancho gira y gira y no tiene más remedio que aferrarse del brazo de Fin, aunque le da asco y miedo. La debilidad lo cerca, lo envuelve. Piensa que es un tallo mordido por las ratas, aunque nunca siente nada.

Sal ya está afuera, entre los matorrales. Man llena un recipiente con agua, porque sabe que será necesaria. Es el atardecer; costurones de nubes violáceas se enroscan en el aire que se enfría. Un ave gris y deforme vuela camino a la melancolía y las ratas se retiran de la presencia de la gente, porque saben lo que les conviene.



Suena un ruido tan terrible que Man lo confunde con la muerte; el grito se abre paso entre las primeras sombras y las últimas penumbras. El agua del recipiente se agita y una gotas salpican el suelo reseco, que las bebe, ávido.

—¡No! —El grito se repite y despierta los mortíferos sensores ocultos en un rincón del brezal, inadvertidos para todos, y antes de que la cría termine de salir del cuerpo de Sal, un grande aparece, feroz y determinado.

—¡Bestias! —grita el grande—. Son bestias, peores que animales.

El grande se coloca encima de Sal, mete los dedos y alza la cría, que cabe en su mano. Las ratas huelen la sangre y regresan. En el rancho todos paran las orejas, vacilando entre el miedo y el hambre. A veces el grande arroja la cría muerta y todos beben un poco. Pero no esta vez. La cría está viva y Sal desea conservarla y el grande se la quiere llevar. Man mira consternado a Sal y no tiene fuerzas para impedir nada. El grande alza la cría más alto de lo que cualquiera puede saltar, suponiendo que exista alguien capaz de semejante proeza.

—Es mío —dice Sal, desfalleciendo. Man advierte que el grande se llevará la cría viva, una vez más. Las pocas crías que no mueren van a parar a un sitio sin nombre, donde viven el grande y su gente. Así ha sido desde que tiene memoria, aunque su memoria es corta y debería saber que antes se nacía y se vivía en el rancho. Todo empeora, y él y ella y los otros son la prueba de que es así.

—Me lo llevo —dice el grande—. Tal vez viva.

—Es mío —solloza Sal.

Man no sabe qué puede hacer y mira el agua. Se moja los dedos para tocarse la frente sudorosa. Pero cuando los alza advierte que el agua se ha convertido en una hoja dura, fría y filosa en torno a sus dedos. Una idea inesperada lo envuelve y lo obliga a moverse. Da dos pasos y está junto al



grande, que acuna a la cría entre sus brazos sin mirar hacia abajo. Man, alzando la mano, apenas logra rozar la garganta del grande, pero es suficiente. La destreza es autónoma, eso parece, y le indica cómo debe proceder. El hielo traza su pequeño dibujo rojo y se fragmenta, rociándolos como una brillante lluvia de rubíes. El grande cae con gran estruendo y Man recoge a la cría que lanza sus primeros y últimos berridos sobre el suelo encharcado de sangre.

No es sencillo recordar. La noche se ha cerrado sobre la piel del mundo con su peso muerto y sus gemidos. Man acaricia a Sal y ella se deja. Las lágrimas forman cerezas blancas y dulces y todos beben las esferas que se deshacen en las bocas sin dientes. Nadie pregunta; no tienen ganas. Pero ahora Man puede hacer cualquier cosa que desee con el agua. Fin se acerca a Sal y lame sus pechos. Man cristaliza el licor lechoso y le pincha la lengua. Fin se retira, resentido y todos en el rancho miran a Man.

—¿Qué pasa? —dice Man, que siente una fuerza inusitada y puede ponerse de pie sin que el mundo gire como un torrente desbordado—. Vieron lo que hice. —Lo que hizo le recuerda a la cría de Sal, y no le gusta, pero acaba de descubrir el poder del agua.

—Vimos —dice Tel, y eructa. El festín que se han dado con la sangre y los humores del grande no se olvidará de un día para otro. Pero vendrán otros grandes y Tel lo sabe y lo dice—. Vendrán otros grandes, con furia, y nos matarán a todos. —Tel nunca habla tanto, pero las cosas que vieron hacer a Man con el agua les ha desatado las lenguas.

—Era fuerte —dice Sal—. Vivía. —Habla de su cría; no habla de otra cosa.

Man sabe que eso no se puede cambiar. Pero desea mirar hacia adelante y ver qué más se puede hacer con el agua. Empieza a ver el agua como si fuera luz.

—No los esperemos —dice Man—. Podemos salir antes de que lleguen.



A nadie le gusta la idea de dejar el rancho. Significa abrigo en las noches y protección contra la lluvia. Pero Man les recuerda que ya no deben temer a la lluvia, que él puede convertirla en otra cosa.

Se mueven por el baldío como una procesión malgastada, como una falsa caravana. Man va adelante y lleva un recipiente chato con un poco de agua. Los grandes aparecerán enseguida y los barrerán como mosquitos, como lauchas, presiente. Fin sacude la cabeza para expulsar a los piojos y uno de los viejos se muere; hacen un alto para beber la sangre casi seca de su cuerpo.

—Era mejor el rancho —dice Jud, que algunas veces parece estar a punto de pedirles que la corten y la chupen y otras se queja porque no le dejan lugar.

Los grandes aparecen. Son varios, tal vez muchos. Man detiene la fila con el brazo extendido y deja el recipiente en el suelo con sumo cuidado.

—¿Qué se creen que son? —dice el grande más alto y robusto. Tiene un palo entre las manos y lo agita como si deseara azotar el aire.

—Agua —dice Man. Un murmullo afligido se eleva entre los últimos rayos del sol; volutas transparentes que se balancean, suaves, cobardes. Tienen el mismo olor del miedo y el color terroso de la supervivencia—. Somos agua —repite.

—¿Estás loco? —dice Jud.

El grande más grande avanza un paso, pero Man ya sabe que no tiene necesidad de tocar el agua del cuerpo para convertirla en filosas y frías agujas. El rostro del grande se contrae y el bastón se desliza de sus manos. El cuerpo se hincha y estalla. Amplios surcos, vetas como relámpagos tintados de escarlata, aristas, pozos oscuros, una docena de manchas ilusorias. El grande está muerto y los otros miran aletados.

—¡No se acerquen! —grita Man—. ¡No chupen de su cuerpo! —insiste. Conoce a los suyos; sabe que la impaciencia es más fuerte que la



prudencia. Pero Sal comprende el mensaje y repite las palabras de Man.

—No chupen. Es malo.

El grande está muerto, pero el estupor vive y prolifera entre sus compañeros como una ola de rocas que se desmoronan, una sobre otra, desde lo alto de la montaña. Chillan, se atropellan, resoplan; algunos se arrojan al suelo y otros saltan como espiras y quedan enredados en sí mismos.

—Vamos a lastimarlos por adentro; a todos —dice Fin con algo que se parece a una antigua mueca de los labios y las encías.

—No —dice Man, que no quiere herir a nadie, que sólo desea defender a Sal—. Yo lastimo, si quiero; es mi agua y mi cuchillo. Pero no voy a lastimar a nadie más. Ellos ya saben lo que puedo hacer si no se van —agrega señalando a los compañeros locos del grande con una mano huesuda y sarnosa.

—¡No nos vamos a ir! —grita desesperado el grande que se ha puesto a la cabeza de los otros y saca un arma de fuego del cinturón. Man sabe que es eso—. Los vamos a aplastar a todos, basuras. Debimos hacerlo hace tiempo, por lo que sirven.

Fin repite el gesto y otros lo imitan. Pero Man no tiene tiempo para risas y se apresura a transformar el agua del cuerpo de los grandes que se derrumban de inmediato entre vómitos de fuego y se retuercen y se fríen por dentro como gusanos y se pudren y se esfuman.

Las ratas, alertadas por la primera sangre, se lanzan en oleadas sobre los muertos frescos, pero las espinas hieren sus hocicos y pinchan sus lenguas; huyen espantadas. El baldío está limpio.

—Los muertos por el hielo —recita Man sin saber de dónde salen las palabras—, serán calentados por el sol y podremos beber de ellos.

Un largo y extenso ronquido acompaña las palabras de Man. No sabe qué ha ocurrido; algo opera a través de él, sin participación de su voluntad.



—¿Cuándo? —dice el ronquido.

—Mañana, o nunca. Soy el que lleva un cántaro de agua —dice Man, y una vez más ignora de dónde salen las palabras. Pero son palabras sólidas y las aceptan.

—¿Cántaro? —dice Fin. Nadie sabe qué es un cántaro. Pero no les importa. Rodean a Man y se arrodillan a su alrededor. Sal se acerca y le entrega sus lágrimas. Man las convierte en sabrosos bocados. Todos le dan saliva, orines y sangre y Man altera los líquidos y los transforma en puñados de materia comestible.

—Vendrán más grandes, con mejores armas —dice Man—. Nos matarán a todos si nos quedamos aquí.

—Cavemos agujeros —dice Jud—. Seremos ratas.

—No importa la bebida —dice Man—. Tengo toda la que hace falta. —Y les muestra el agua.

—Invisibles como el aire —dice Sal.

—Muros —dice Fin—. Chocarán contra nosotros.

—Sólo puedo volver dura el agua —dice Man—; ése es mi poder, no otro. —Sigue sin saber por qué dice lo que dice y las palabras, tumultuosas, se le acumulan en la boca sin dientes.

—Sin dientes —repite Tel, como si hubiera oído los pensamientos de Man. Todos han perdido los dientes hace tanto tiempo que no recuerdan haberlos tenido alguna vez.

—Vamos —dice Man, y todos lo siguen. La noche ha caído sobre el baldío y la tierra roja encharcada gruñe con voz áspera y contrariada bajo los pies desnudos. Todos miran una y cien veces hacia atrás, a medida que se alejan de tanto alimento desperdiciado.

Recorren las ruinas de lo que, se dice, era un lugar de los grandes; gibosos túmulos ocultan secretos del pasado. Pocas veces se han alejado tanto del rancho y nunca antes han tenido que huir de los grandes.



Jud se acerca a Man y habla en susurros.

—Necesitamos dientes —dice—, para comer la carne de los muertos.

—No —dice Man—, somos agua. Hemos sido bendecidos por el agua. No sé cómo, pero éste es nuestro alimento secreto.

—No te entiendo —dice Jud—, es tu secreto. —Sal se acerca, y Fin y Tel. Todos rodean a Man y se detienen. No volverán a avanzar si él no les entrega el secreto del agua.

—No hay secreto —dice Man. De pronto, como si un alud de sabiduría hubiera bajado del cielo y un manantial de experiencias brotara de las profundidades de la tierra, comprende, se siente fuerte y capaz de entender. Se acuesta de espaldas y el barro lo acoge como un lecho de espuma. Abre los brazos y expone sus regiones más vulnerables: el cuello, las axilas, el vientre—. Esta es mi sangre —dice—. Chupen de mí y serán fuertes y podrán enfrentar a los grandes con mis armas. No hay secreto. No hay otra fuerza que la que nace de estar juntos. Juntos los enfrentarán y los vencerán.

Todos, Sal y Tel y Jud y Fin, y los viejos y los nuevos, en lugar de avanzar retroceden. Las palabras de Man son más filosas que las agujas de hielo. El aire se estanca, el tiempo se detiene, la muerte se ríe oblicuamente, ansiosa por cobrar sus presas de una buena vez. El largo y urgente ronquido regresa para expresar el miedo y la asfixia. No saben, no pueden, no quieren. ¿Qué significado se puede asignar a la oferta? No hay secreto. Esta es mi sangre. Serán fuertes y podrán enfrentar a los grandes.

Sal es la primera que se acerca, se arrodilla y ve que en el cuello de Man se abre un surco como un tajo, como si el agua, convertida en una púa filosa, rasgara la carne y la piel desde adentro. La sangre mana.

—No la desperdicies —dice Man—. Es tu alimento.

Sal se inclina y chupa. La sangre de Man es dulce y la sacia en un segundo. Los otros se arrodillan y lamen y maman y succionan y tragan



como poseídos por una fuerza que los arrolla. El cuerpo de Man se convierte en isla flotante, en imán, en ojo de tormenta. El cuerpo de Man se expande y se rompe en mil pedazos. El cuerpo de Man desaparece en las bocas desdentadas de los infelices sin edad ni lugar en el mundo. Se disuelve. Se hace agua.

Los grandes llegan abrazados a sus armas, pletóricos de furia. Los sensores han marcado la posición del enemigo. Esta vez no fallarán. No quedará una molécula que recuerde a los parias.

—¡Alto! —grita el más grande de los grandes. Alza una mano con urgencia y olfatea—. Es aquí. —Pero el solar está vacío. Sólo se divisa un manto que resplandece, lánguido, entre los retazos de luz de las linternas. El grande ordena que enciendan los reflectores, da un paso hacia adelante y resbala en la fangosa orilla del estanque. Algunas risas inquietas rematan la caída, pero duran lo que tarda el suelo arenoso en ablandarse y hundirse como una manta que cubre un socavón. Los grandes se precipitan por el agujero y cuando llegan al fondo son sólo agua que se mezcla con el barro. Se oyen algunos chapoteos, como si una fiesta acabara de empezar; luego silencio. Cuando las ratas se asoman al borde del pozo ven criaturas transparentes que ascienden atrapando la luz de las estrellas. Intentan ponerse a salvo, pero ya es demasiado tarde.

Autor: Sergio Gaut vel Hartman; Argentina.
Relato inédito.

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de la obra "La fuerza del agua" en nuestra web con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.